

Tribuna

Un ejercicio de topomuseología en el Museo Marítimo de Asturias



ROSER CALAF

En el Museo Marítimo de Asturias hay una exposición titulada «Malla y maquetismo» que trata de conmemorar los 60 años de existencia de este museo. Ciertamente, éste es el museo decano de los de Asturias. Su nacimiento se producía en el año 1948 en el contexto de un Luanco de posguerra. Un veraneante «ilustrado», don Eulogio Varela Hervías, director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, proponía iniciar un museo con la exposición de malla y maquetas de barcos como exponente atractivo de una tradición local y que podía tener resonancia más allá de las fronteras del lugar. Las maquetas navales de aquella exposición fueron el primer núcleo de bienes patrimoniales para el futuro Museo Marítimo de Asturias. Una historia de este museo la ha construido Pilar Carrasco Morí en un trabajo de investigación defendido en el departamento de Historia de la Universidad de Oviedo en el año 2004. Pilar Carrasco Mori ha sido la comisaria de esta exposición junto al historiador Ignacio Pando, que desde su trabajo al frente de la Casa de la Cultura desarrolla una labor extraordinaria por situar a Luanco dentro de un contexto cultural de solvencia y en esta ocasión lo demuestra plenamente. Ignacio Pando se va preocupando de reconstruir la historia local dentro de un marco de interpretación actual y que persigue el acuerdo con las corrientes historiográficas más prestigiadas, donde el hecho local se entronca con lo global. Precisamente, en esta exposición ha sido quien se ha preocupado de construir una genealogía de la malla de Luanco y contextualizarla en el tiempo y en el espacio

En la exposición se pueden ver excelentes piezas de los siglos XVII, XVIII, XIX y una muestra mucho más exhaustiva de la primera mitad del siglo XX, donde destaca un mantón de seda natural obra de Adelina Ramos. La exposición se ha planteado siguiendo un doble discurso museográfico. Por un lado, la malla, y en frente, las maquetas. También, el doble discurso museográfico se encuentra en la puesta en valor de los bienes patrimoniales que exponen en relación con la malla. Existe un circuito de vitrinas con los bienes patrimoniales que precisan de una contextualización explícita para que el público perciba el gran valor que poseen las piezas (se documentan con cartelas, se incorporan algunas fotos y artefactos que utilizaban las mallerías para trabajar: agujas, tijeras, etcétera). El otro circuito discurre por la parte central y la museografía se plantea bajo los parámetros de poner en evidencia la evocación. Así, es posible encontrar las piezas del ajuar doméstico expuestas en una cama, cuna o dentro de un arca.

El mérito de la exposición ha sido el que se ha organizado en un tiempo récord (unos seis meses entre la gestación de la idea, la documentación y la búsqueda de piezas, hasta los dos meses finales que se corresponden con la ejecución del proyecto). Recuerdo cómo el 14 de julio pasado visitaba el museo y encontré al equipo responsable de la muestra en la tarea de recogida de piezas para la exposición que cedían personas de la comunidad que envuelve al museo. Por este motivo he titulado el texto un ejercicio de topomuseología; esta palabra rara indica la relación entre el museo y su entorno más próximo y refiere los intercambios que se producen entre el museo y la comunidad más cercana. El museo de Luanco, una vez más, ha sido capaz de dar una respuesta de esta naturaleza, y lo ha hecho de la forma que el profesor Philippe Dubé, director del Gramul (grupo de investigación y acción en los museos) y del Lamic (laboratorio de ingeniería cultural) en la Universidad de Laval (Canadá), llama un ejercicio de conmemoraevocación, desde la propuesta de una exposición que provoca vínculos de adhesión con el territorio y con los bienes patrimoniales.

Esfuerzo de rigor

En efecto, de la primera exposición en 1948 surge la idea de un mismo tema para conmemorar, en el proyecto actual hay un esfuerzo de rigor desde cómo se ha conceptualizado la exposición de la mano de Ignacio Pando, esfuerzo que se ha prolongado con las tareas de conectar con las gentes y documentar cada pieza que ha realizado Pilar Carrasco Mori y con un texto que en el catálogo se llama «La malla, objeto de museo». Finalmente, José Ramón García López, desde su puesto de director del museo, ha hecho posible la coordinación y gestión del proyecto. Quiero dedicar unas palabras a ellos por el mérito que tienen. A José Ramón, por su generosidad en relación con todo el proyecto del museo de Luanco (gestiona el museo sin recibir sueldo alguno); y a Pilar, que desarrolla como tantos otros trabajadores de los museos etnográficos de Asturias esta tarea híbrida entre conservadora y guía, y lo hace con entusiasmo y lucidez. Este museo tiene guías para los escolares de diferentes ciclos educativos y es obra de esta mujer.

Celebremos que una vez más los museos etnográficos de Asturias construyan un acontecimiento para que la comunidad próxima se implique, desarrolle complicidades entre el museo y su público e invite a foráneos a visitar el lugar.

Roser Calaf es profesora de Didáctica del Patrimonio en la Universidad de Oviedo.